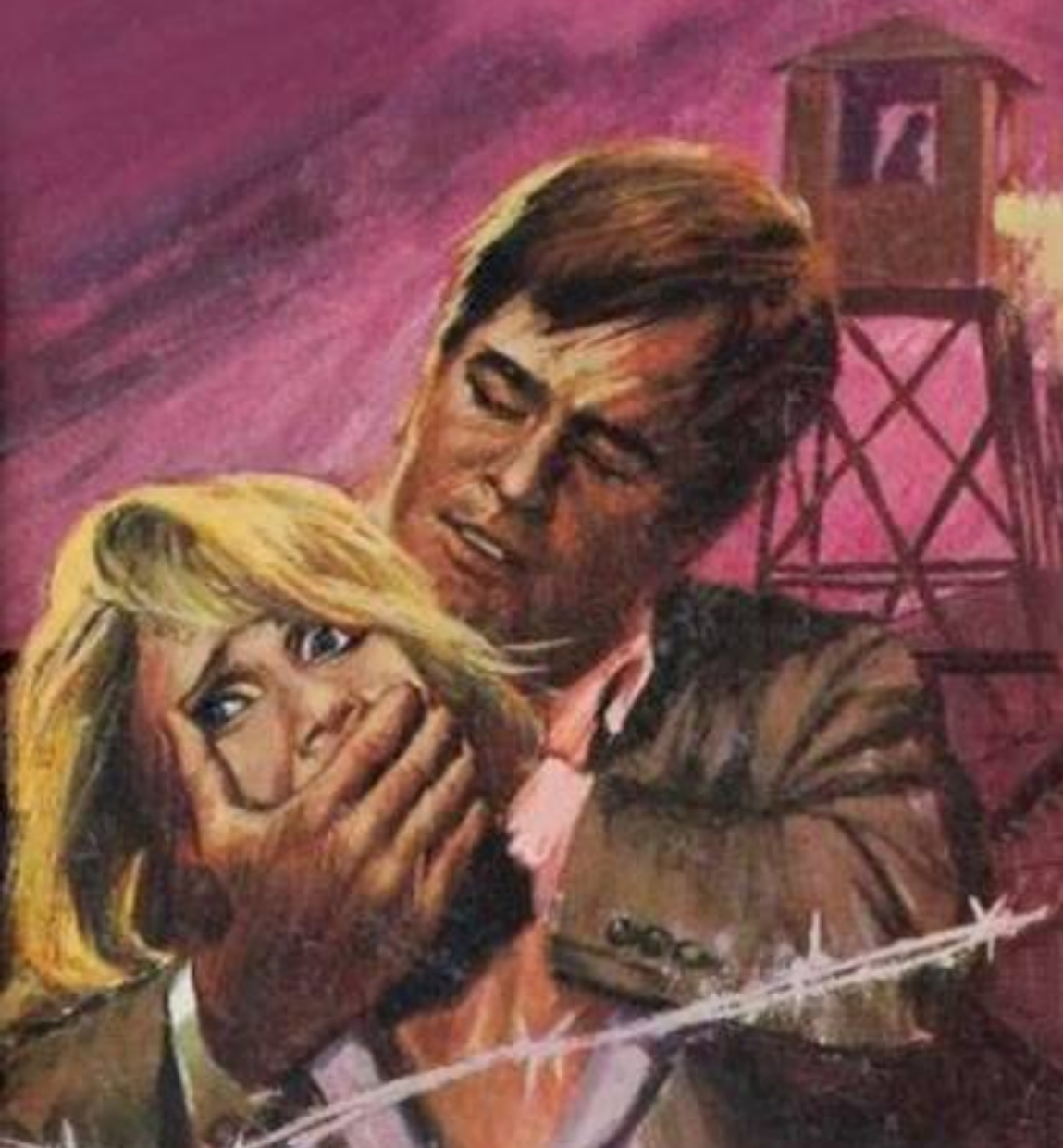


ERICH MARIA REMARQUE

UNA NOCHE LARGA



Huyendo de la persecución racial, un hombre ha dejado a su esposa en Alemania. Pero después de años de exilio, incapaz de soportar la separación, regresa en su busca.

La pareja huye hacia Lisboa por una Europa en la que se anuncia ya el gran desastre.

El autor de *Arco de Triunfo* plasma en esta novela una realidad dramática, con la intención de que «sea temida por los contemporáneos y las nuevas generaciones, la deshonra de los hechos infames que suceden en un mundo a veces grande y a veces miserable».

CAPÍTULO I

Me quedé fascinado mirando el buque. Estaba algo alejado del muelle, profusamente iluminado, en las aguas del Tajo. Aun cuando ya hacía una semana que estaba viviendo en Lisboa, no me había acostumbrado a la iluminación despreocupada de esta ciudad. En los países de los cuales venía, las ciudades parecían de noche negras minas de carbón, y un farol en medio de la oscuridad era más peligroso que la peste en la Edad Media. Yo procedía de la Europa del siglo xx.

Era una nave de pasajeros que estaba siendo cargada. Sabía que a la noche siguiente levaría anclas. A la claridad hiriente de las lámparas eléctricas desnudas eran estibados cargamentos de carne, pescado, conservas, pan y verduras. Los trabajadores arrastraban las cargas hasta la cubierta y una grúa izaba cajones y bultos tan silenciosamente cual si no hubieran tenido peso. El barco se preparaba para el viaje, como si hubiera sido un arca de la época del diluvio. Era un arca. Toda nave que abandonaba Europa en aquéllos meses del año 1942 era un arca. América era el Monte Ararat y la marea crecía día a día. Hacía mucho que había inundado Alemania y Austria y había avanzado profundamente en Polonia y Praga; Amsterdam, Bruselas, Copenhague, Oslo y París ya habían sido anegadas por ella, las ciudades de Italia hedían por su causa y España tampoco ofrecía seguridad ya. La costa de Portugal se había convertido en el último refugio de los fugitivos para los que la justicia, la li-

bertad y la tolerancia significaban más que la patria y la existencia. Quien no pudiera alcanzar desde allí América, la Tierra Prometida, estaba perdido, debería desangrarse en el zarzal de visados de entrada o salida denegados, permisos de trabajo y permanencia inalcanzables, los campos de concentración, la burocracia, la soledad, el exilio y la pavorosa indiferencia general frente al destino del individuo, resultado de la guerra, el miedo y la miseria. En aquellos tiempos el hombre ya no era nada, un pasaporte válido lo era todo.

Esa tarde había concurrido al Casino de Estoril para jugar. Disponía aún de un buen traje y me permitieron entrar. Había sido un postrer y desesperado intento de sobornar al destino. Nuestro permiso de permanencia, extendido por las autoridades portuguesas, vencería en los próximos días y Ruth y yo carecíamos de otro visado. El barco que flotaba en el Tajo era la última esperanza que habíamos alimentado en Francia de llegar a Nueva York, pero desde hacía varios meses se habían vendido todos los pasajes y nos faltaban además del permiso de inmigración americano, unos trescientos dólares para pagar el pasaje. Al menos traté de conseguir el dinero de la única manera posible aún en aquel lugar: a través del juego. Había sido una insensatez, porque aun habiendo ganado hubiese debido ocurrir un milagro para poder subir a aquella nave. Sin embargo, la huida, la desesperación y el peligro enseñan a creer en milagros. De lo contrario no se lograría sobrevivir.

De los sesenta y dos dólares que poseíamos había perdido cincuenta y seis.

El muelle estaba desierto a tan avanzada hora de la noche. Sin embargo, al cabo de un rato descubrí a un hombre que caminaba de un lado para otro sin rumbo fijo, luego se detuvo y clavó la vista en el barco al igual que yo. Supuse que sería uno de los muchos náufragos y no le presté más

atención hasta que advertí que me observaba. El terror a la Policía jamás abandona al fugitivo, ni siquiera durante el sueño, aun cuando no tenga nada que temer. Por eso me volví inmediatamente, tratando de parecer un individuo aburrido y me alejé a pasó lento del muelle, como quien no tiene que temer a nada.

A poco escuché pasos a mí espalda. Seguí caminando sin apresurarme y cavilé acerca de la manera de informar a Ruth si llegaba a ser detenido. Las casas, pintadas de colores pastel qué dormían en la noche como mariposas al final del muelle, estaban aún muy lejos para que pudiera correr hacia ellas y desaparecer entre sus callejas, sin correr el peligro de ser tiroteado por la espalda.

El hombre ya estaba junto a mí. Era de menor estatura que yo.

—¿Es usted alemán? —me preguntó en alemán.

Sacudí la cabeza y seguí mi camino.

—¿Austriaco?

No contesté. Observaba las casas de color pastel que se acercaban con demasiada lentitud. Sabía que había policías portugueses que hablaban muy bien el alemán.

—No soy policía —explicó el hombre.

No le creí. Iba vestido de civil, pero en Europa había sido detenido media docena de veces por gendarmes vestidos de civil. Es verdad que llevaba conmigo documentos de identidad no del todo mal hechos en París por un profesor de matemáticas de Praga, pero eran falsos.

—Observé cómo miraba aquel barco —dijo el hombre —, por eso pensé...

Le eché una mirada indiferente. No tenía aspecto de ser policía, pero el último gendarme que me había echado el guante en Burdeos también me había parecido tan digno de lástima como Lázaro después de tres días de permanecer en el sepulcro, y había sido el más despiadado de todos. Me había arrestado aun cuando sabía que las tropas alemanas llegarían a Burdeos en unos días y hubiera estado

perdido si el compasivo director de la prisión no me hubiera liberado al cabo de algunas horas.

—¿Le gustaría ir a Nueva York? —inquirió el desconocido.

No contesté. Necesitaba recorrer tan sólo veinte metros más, derribarlo de un empujón y huir si era necesario.

—Aquí tengo dos pasajes para ese barco —dijo el hombre y se metió la mano en el bolsillo.

Vi los billetes. A la débil luz no lograba leer lo que decían. Ya habíamos avanzado bastante, de modo que podía arriesgarme a detenerme un instante.

—¿Qué significa todo esto? —le pregunté en portugués. Había aprendido algunas palabras.

—Puede tomarlos —respondió el hombre—. Yo no los necesito.

—¿Usted no los necesita? ¿Qué quiere decir?

—Ahora ya no los necesito.

Miré al hombre fijamente. No lo entendía. En verdad no parecía ser policía. Para arrestarme no eran menester esas tretas rebuscadas. Pero si los pasajes eran legítimos ¿por qué decía no necesitarlos? ¿Por qué me los ofrecía a mí? ¿Pretendía vendérmelos? Algo en mí empezó a temblar.

—No se los puedo comprar —dije por fin en alemán—. Valen una fortuna. En Lisboa debe haber ricos emigrantes, ellos le pagarán lo que usted pida. Se ha equivocado de persona, no tengo dinero.

—Yo no los quiero vender —protestó el hombre.

Volví a mirar los billetes.

—¿Son auténticos?

Me los entregó sin responder. Crujieron entre mis manos. Eran auténticos. Poseerlos era la diferencia entre la ruina y la salvación. Aún cuando no podía utilizarlos porque carecíamos de visados americanos, por la mañana del día siguiente podría intentar conseguirlos... o al menos podría venderlos. Eso significaba seis meses más de vida. No comprendía a ese desconocido y se lo dije.

—Puede quedarse con ellos —me contestó—. No le pediré nada a cambio. Mañana temprano saldré de Lisboa. Solamente le impongo una condición.

Dejé caer los brazos. Sabía que no podía ser verdad.

—¿Cuál? —inquirí.

—No quisiera estar solo esta noche.

—¿Desea que permanezcamos juntos?

—Sí, hasta que despunte el nuevo día.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Nada más?

—Nada más.

Miré a aquel hombre sin poder dar crédito a sus palabras. No era una novedad para mí que a veces la gente de nuestra condición sufriera colapsos, que a menudo no soportaran estar solos, que los asaltara el miedo de estar en un lugar, ese miedo que experimentan las personas para las que ya no hay lugar en ninguna parte, y que el compañero de una noche por extraño que fuera pudiera defenderlo a uno del suicidio; en esos casos era natural que uno se ayudara y no se fijaban precios por ese servicio, menos aún semejante precio.

—¿Dónde vive usted? —le pregunté.

El desconocido hizo un ademán rechazando la sugerencia.

—No quiero ir allí. ¿No hay por aquí alguna taberna donde podamos sentarnos un rato?

—Naturalmente, hay algunas.

—¿No habrá alguna frecuentada por los emigrantes como el «Café de la Rose» de París?

Conocía el «Café de la Rose». Ruth y yo habíamos pernoctado allí durante dos semanas. El dueño no se oponía siempre que se pidiera un café. Uno se proveía de algunos periódicos y se echaba en el suelo. Nunca dormí sobre las mesas. Del suelo no era posible caer.

—No sé de ninguna —repliqué. Conocía una, pero no se lleva a un hombre qué quiere regalar dos pasajes de barco a un lugar frecuentado por gente que daría un ojo por conseguirlos.

—Aquí conozco sólo un lugar —dijo el desconocido—, pero podemos intentarlo. Quizás esté abierto aún.

Hizo señas a un taxi solitario y me consultó con la mirada.

—Está bien —dije.

Nos instalamos en el vehículo y el hombre le dio al chófer una dirección. Hubiera querido avisar a Ruth que esa noche no regresaría, pero de súbito, al subir a aquel oscuro taxi maloliente, nació en mí una esperanza tan horrible y desenfrenada que me sentí presa del vértigo. Quizá todo eso fuera cierto al fin y al cabo, quizá nuestras vidas no estaban llegando a su fin y lo imposible se tornaba realidad: nuestra salvación. Ya no me animaba a dejar solo al extraño ni por un segundo.

Dimos una vuelta en torno a los teatrales bastidores de la Praça do Comercio y al cabo de un rato nos encontramos en un laberinto de escalinatas y callejuelas que llevaban a la parte alta de la ciudad. No conocía ese barrio de Lisboa; como era habitual, conocía principalmente los museos y las iglesias, no porque amara las artes o a Dios, sino porque en las iglesias y los museos nadie nos pregunta por nuestros documentos. Ante el Crucifijo y los maestros del arte seguíamos siendo hombres, no individuos de dudosa identidad.

Nos apeamos del taxi y ascendimos por las escaleras y las callejuelas tortuosas. El aire estaba saturado de olor a pescado, ajo, flores nocturnas, sol poniente y sueño. La luna, qué avanzaba en su trayectoria celeste, destacó en medio de la noche los contornos del castillo de San Jorge y su claridad se precipitó como una cascada por los muchos pedregales. Me volví y miré hacia el puerto, que había quedado

abajo. Allá estaba el río y el río era la libertad, la vida; desembocaba en el mar y el mar era América. Me detuve.

—Espero que no me hará objeto de una broma —dije.

—Descuide —respondió el desconocido.

—Quiero decir que lo de los pasajes no es una broma. (Cuando nos alejamos del muelle había vuelto a guardarlos en su bolsillo).

—No —me aseguró el hombre—. No le estoy gastando una broma.

Señaló, una pequeña plaza rodeada de árboles.

—Allá, enfrente, está la taberna a la que me refería. Todavía está abierta. No llamaremos la atención. Es un lugar frecuentado casi exclusivamente por extranjeros. Nos considerarán personas que mañana emprenderán viaje, al igual que los otros que festejan allí su última noche en Portugal y mañana estarán a bordo del barco.

La taberna era una especie de bar provisto de una pequeña pista de baile cuadrada y una terraza, un lugar adecuado para turistas. Se escuchaban los sones de una guitarra y en el fondo se veía a una cantante de fados. En la terraza había algunas mesas ocupadas por extranjeros. Entre ellos se encontraban una mujer ataviada con traje de noche y un hombre con smoking blanco. Conseguimos sentarnos en el fondo de la terraza. Desde allí se podía contemplar la ciudad de Lisboa, sus iglesias nimbadas por una débil claridad, las calles iluminadas, el puerto, los diques y el barco que parecía un arca.

—¿Cree usted en una existencia de ultratumba? —preguntó el hombre de los pasajes.

Levanté la vista. Hubiera esperado cualquier otra cosa. Aquélla era una pregunta demasiado inesperada.

—No sé —respondí finalmente—. En estos últimos años me ha preocupado demasiado la existencia anterior a la muerte. Cuando me encuentre en América gustosamente

meditaré sobre el particular —agregué para recordarle que me había prometido los pasajes.

—Yo no creo en esa posibilidad —dijo el otro.

Respiré profundamente. Estaba dispuesto a escuchar las cuitas de un desdichado, pero no me sentía con ánimo para discutir. Carecía del necesario sosiego. Allá abajo estaba el barco.

El hombre permaneció un rato inmóvil en su silla cual si hubiera estado dormitando con los ojos abiertos. Cuando el músico apareció en la terraza con su guitarra despertó.

—Me llamo Schwarz —dijo—. Pero no es mi verdadero apellido, es el que figura en mi pasaporte. Sin embargo, ya me he acostumbrado a él y por esta noche me será aún de utilidad. ¿Estuvo mucho tiempo en Francia?

—Tanto como fue posible.

—¿Internado?

—Cuando estalló la guerra. Como todos los demás.

El hombre asintió.

—Nosotros también. Yo fui feliz —dijo de pronto en tono muy quedo y cálido, la cabeza gacha y rehuyendo la mirada—. Fui muy feliz, mucho más feliz de lo que jamás soñara poderlo ser.

Me volví, sorprendido. Francamente su aspecto desmentía tal afirmación. Parecía más bien un hombre mediocre y tímido.

—¿Cuándo? —le pregunté—. ¿En el campamento, quizá?

—El último verano.

—¿En mil novecientos treinta y nueve, en Francia?

—Sí. El verano antes de la guerra. Todavía no logro comprender cómo ocurrieron las cosas. Por esta razón necesito hablar al respecto con alguien. No conozco a nadie aquí. Si hablo con alguien de esto volverá a hacerse presente. Entonces lo comprenderé todo claramente y perderá. Tan sólo debo hacerlo una vez más...

Se interrumpió y finalmente me preguntó:

—¿Me comprende?

—Sí —afirmé y añadí con cautela—, no es difícil entender, señor Schwarz.

—¡De manera alguna se puede entender! —replicó de súbito con vehemencia y apasionamiento—. Ella está allá abajo, en una habitación cuyas ventanas están cerradas, yace sin vida en un miserable cajón de madera y ya ha dejado de ser. ¿Quién es capaz de entender esto? Nadie, ni usted, ni yo, ni nadie, y quien diga que lo comprende, miente.

Permanecí callado y esperé. A menudo había estado sentado junto a alguien que, como ese individuo, había perdido a un ser querido. Esas pérdidas son más difíciles de sobrellevar cuando no se tiene patria. Nada sirve de consuelo y la extrañeza se hace pavorosamente extraña. Lo experimenté en Suiza cuando me llegó la noticia de que mis padres habían sido asesinados y quemados en un campo de concentración en Alemania. No podía dejar de pensar en los ojos de mi madre mientras la consumía el fuego del horno. Ese pensamiento me atormenta aún.

—Supongo que usted debe saber lo que es la fobia del emigrante —prosiguió Schwarz más sereno.

Asentí. Un mozo trajo una fuente de langostinos. Súbitamente sentí que me acuciaba un hambre atroz y recordé que desde ese mediodía no había probado bocado. Indeciso, consulté a Schwarz con la mirada.

—Empiece a comer, yo esperaré —dijo.

Pidió vino y cigarrillos. Comí precipitadamente. Los langostinos eran frescos y estaban sabrosos.

—Lo lamento —me excusé—, pero tengo mucha hambre.

Observé a Schwarz mientras comía. Permanecía tranquilo en su silla y contemplaba sin impaciencia ni enojo la ciudad teatral que se extendía a nuestros pies. Experimenté algo así como simpatía por el desconocido. Al parecer había terminado con los preceptos de la falsa decencia y comprendía que uno pudiera estar hambriento y comiera

mientras a su lado alguien sufría, sin que eso significara que se carecía de sentimientos. Cuando no se podía hacer nada por el otro, estaba bien que uno se comiera su pan si lo acuciaba el hambre antes de que un tercero le quitase el mendrugo. Nunca se sabía cuándo se lo iban a arrebatar.

Aparté el plato y tomé un cigarrillo. Hacía mucho tiempo que no fumaba. Había estado ahorrando el dinero para poder jugar una suma mayor esa noche.

—La fobia me atacó en la primavera del año mil novecientos treinta y nueve —dijo Schwarz—. Había emigrado hacía cinco años. ¿Dónde estuvo usted en el otoño de mil novecientos treinta y ocho?

—En París.

—Yo también. Me había dado por vencido. Era la época del pacto de Munich. La agonía del miedo. Todavía me escondía y me defendía automáticamente, pero ya había claudicado. Habría guerra, vendrían los alemanes y me apresarían. Era mi destino. Me había resignado a mi suerte.

Asentí:

—Era la época de los suicidios. Es curioso, cuando los alemanes aparecieron un año y medio más tarde, los suicidios fueron más escasos.

—Luego vino el pacto de Munich —prosiguió Schwarz—. De improviso volvía a sernos regalada la vida en aquel otoño de mil novecientos treinta y ocho. Era de una ligereza tal que nos hacía descuidados. Los castaños florecieron por segunda vez en París, ¿recuerda? Me torné tan atolondrado que me sentía como un ser humano y para mi desgracia me comporté como tal... La Policía me detuvo y me encarceló durante cuatro semanas por reiterada entrada sin permiso. Luego empezó el viejo juego: en Basilea me pusieron del otro lado de la frontera, los suizos me mandaron de vuelta, los franceses me volvieron a llevar a otro lugar, me encerraron... Usted debe conocer este ajedrez cuyas piezas son seres humanos.

—Lo conozco. Y en invierno no era nada divertido. Las prisiones suizas eran las mejores. Tibias como hoteles.

Empecé a comer de nuevo. Los recuerdos ingratos tenían algo de bueno: lo convencían a uno de que se era feliz cuando un segundo antes uno había creído no serlo. La felicidad es un asunto de grados. Quien lo admite, rara vez es completamente desdichado. Yo me había sentido feliz en las prisiones suizas, porque no eran prisiones alemanas. Pero ante mí estaba sentado un hombre que aseguraba haber arrendado la felicidad aun cuando en alguna parte de Lisboa, en una habitación mal aireada, había dejado un ataúd de madera.

—Cuando me dejaron en libertad por última vez, me advirtieron, que si volvían a pescarme sin papeles me expulsarían —añadió Schwarz—. Era tan sólo una amenaza, pero me infundió miedo. Empecé a cavilar acerca de lo que debería hacer si eso sucedía realmente. Y entonces empecé a soñar por las noches que me encontraba en Alemania y que las SS me perseguían. Lo soñaba tan a menudo que finalmente sentí pavor de dormir. ¿Conoce usted esto también?

—Podría escribir una tesis al respecto —respondí—. Lamentablemente lo conozco.

—Una noche soñé que me encontraba en Osnabrück, la ciudad donde había vivido y donde aún habitaba mi esposa. Estaba en su alcoba y la veía enferma. Estaba muy consumida y lloraba. Desperté atribulado. No la había visto ni tenido noticias de ella en cinco años. Yo tampoco le había escrito porque ignoraba si su correspondencia era vigilada. Antes de mi huida le había hecho prometer que pediría el divorcio. Esa decisión le ahorraría, dificultades. Por algunos años pensé que lo había hecho.

Schwarz calló un instante. No le pregunté la razón por la cual había abandonado Alemania. Había sobrados motivos. Ninguno de ellos era interesante porque todos eran injustos. No es nada interesante ser una víctima. Debía ser judío

o bien pertenecer a un partido político hostil al régimen imperante; quizá tuviera enemigos que de pronto se habían tornado influyentes... Había docenas de motivos para ser encerrado en un campo de concentración en Alemania o ser muerto a golpes.

—Logré volver a París —prosiguió Schwarz—, pero aquel sueño no me abandonaba. Se repitió. Por aquellos días también se desmoronó la ilusión del pacto de Munich. En primavera ya se sabía que inevitablemente habría guerra. Se percibía su olor al igual que se huele un incendio, mucho antes de verlo. Sólo la diplomacia del mundo mantenía los ojos cerrados con obstinación y soñaba con ilusiones..., con un segundo o tercer Munich, soñaba con todo, menos con la guerra. Nunca hubo tanta fe en los milagros como en nuestro tiempo, en que ya no los hay.

—Todavía se producen algunos —repliqué—, de lo contrario ninguno de nosotros estaría con vida.

Schwarz asintió.

—Tiene razón. Milagros privados. Yo mismo experimenté uno. Todo comenzó en París. Repentinamente heredé un pasaporte válido: es el pasaporte extendido a nombre de Schwarz. Pertenecía a un austríaco a quien conocí en el «Café de la Rose». Aquel hombre falleció y me legó su pasaporte y su dinero. Había llegado hacía tan sólo tres meses. Trabé conocimiento con él en el Louvre, ante los cuadros de los impresionistas. En aquel entonces pasaba muchas tardes en ese museo para sosegarme. Cuando uno contemplaba esos paisajes serenos, inundados de sol, no se podía creer que la misma raza animal capaz de crear esas obras alimentara al mismo tiempo la intención de desatar una guerra criminal. Era una ilusión que hacía bajar la presión sanguínea por una hora.

—El hombre que poseía el pasaporte extendido a nombre de Schwarz se sentaba a menudo ante las catedrales y los nenúfares pintados por Monet. Empezamos a conversar y me contó que después de haber sido usurpado el poder

en Austria había logrado recuperar su libertad y abandonar el país a cambio de renunciar a su fortuna. Consistía en una colección de impresionistas que había caído en manos del Estado. No lo lamentaba. Decía que mientras hubiera cuadros expuestos en los museos podría contemplarlos como si fueran suyos sin tener que preocuparse por el fuego o el robo. Además, en los museos de Francia había, a su juicio, cuadros mucho mejores de los que él poseyera jamás. En vez de estar encadenado a su limitada colección particular como un padre a su familia, con la obligación de preferir a los suyos y de ese modo estar influido, se sentía dueño de todos los cuadros de las colecciones públicas sin que debiera hacer nada por ellos. Era un hombre peculiar, callado, dulce y jovial a pesar de todo lo que había dejado atrás. No había podido llevarse consigo casi nada de dinero, pero había logrado salvar una cantidad de sellos postales antiguos. Los sellos postales son el objeto, más pequeño y adecuado para esconder, mejor que los diamantes. Se camina mal sobre ellos cuando se los lleva escondidos dentro de los zapatos y se es conducido a un tribunal. Tampoco se pueden vender sin gran pérdida y muchas explicaciones. Los sellos postales son para los coleccionistas, y éstos no preguntan demasiado.

—¿Cómo logró sacarlos? —pregunté con el interés profesional de todo emigrante.

—Se llevó consigo viejas cartas abiertas, insignificantes, y entre el forro y el sobre había escondido los sellos. Los empleados de la aduana revisaron las cartas, no los sobres.

—Bien —dije.

—Además pudo llevarse dos pequeños retratos de Ingres. Dibujos a lápiz. Los había colocado sobre un ancho *passepourtout* y un marco de similor de mal gusto y aseguraba que eran los retratos de sus progenitores. Detrás del *passepourtout* había pegado dos dibujos de Degas de manera que no se lograba verlos.

—Bien —comenté nuevamente.